

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 21 de noviembre de 2018**

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 283-290.

- *Alecrim*
- *Negra sombra*

Gloria

Afrontamos un capítulo fundamental como método, no solo para hoy, sino para tener siempre presente como parte de todo el camino. En la práctica, este capítulo es un resumen del recorrido que hemos hecho hasta aquí, cuyos pasos nos recuerda don Giussani. Empezamos este recorrido desde *El sentido religioso*, en el que, ya desde el primer capítulo, don Giussani ponía en nuestras manos el instrumento para hacer el camino, el criterio para juzgar todo: la experiencia elemental, el corazón. Es el criterio con el que podemos comparar cada cosa que nos encontramos por el camino, sea lo que sea, por muy imprevisto que sea, como es imprevisible e imprevista la experiencia cristiana. Por tanto, hemos pasado a preguntarnos: ¿Cuál es la pretensión que tiene el cristianismo? Que en Cristo lo divino ha entrado en la historia. Este es el contenido del segundo volumen del Curso básico de cristianismo: *Los orígenes de la pretensión cristiana*; y el criterio de la experiencia elemental se nos da para poder reconocerlo. Nada hay más importante que verificar si esta noticia es verdadera, y por tanto si nosotros podemos captarla con ese detector con el que hemos sido lanzados a la comparación con todo lo que sucede. Pero, ¿cómo puedo yo, que he nacido tantos siglos después, alcanzar la certeza sobre Cristo? Solo es posible si puedo tener una experiencia similar a la que tuvieron sus contemporáneos. Para esto, es preciso que Cristo esté presente como estaba presente para ellos, es decir, a través de su contemporaneidad en la Iglesia hoy. Es el objeto del tercer volumen del Curso básico sobre el que estamos trabajando, *Por qué la Iglesia*. Al principio del capítulo don Giussani se pregunta: «¿Es la Iglesia verdaderamente la prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio?» (p. 284).

Nos hemos propuesto verificar el recorrido que hemos hecho hasta ahora. Para acompañarnos en esta verificación somos guiados por un texto, con el que se nos invita a compararnos constantemente para no perdernos por el camino. Pero sobre esta comparación han surgido algunas preguntas.

Invitada por una amiga, he releído tus palabras al final de la Jornada de apertura de curso relativas al trabajo de la Escuela de comunidad. ¿A qué se refiere don Gius cuando dice: «La Escuela de comunidad debe hacerse mediante una seria comparación con el texto, y no al hilo de nuestras preocupaciones» (o reacciones al texto)? Lo pregunto porque percibo como una división: ¿cómo puedo entrar dentro de las palabras de un texto si no voy acompañada de las preocupaciones o de la pregunta que

vivo cuando me comparo con él? No sería yo misma. He tratado de compararme, pero creo que no soy la única que no ha entendido esta indicación tuya, y como se trata de una cuestión de método, me parecía importante preguntártelo, y preguntarte también qué quiere decir para ti hacer Escuela de comunidad.

Se trata de una cuestión importante porque con frecuencia no nos comparamos con el contenido del texto, sino con nuestros pensamientos, con nuestras imágenes, con nuestras preocupaciones; y por eso muchas veces el texto se convierte en un pretexto para hacer nuestras reflexiones. Hace años, precisamente aquí, intervino una vez una persona en la Escuela de comunidad diciendo (¡ella se acuerda estupendamente!) que, a pesar de muchos intentos, no había conseguido ayudar a una persona que tenía dificultades. Contó también que había leído el texto de la Escuela de comunidad sobre la esperanza; «pero yo he perdido la esperanza», me dijo. Yo respondí: «No has hecho ni siquiera un minuto de Escuela de comunidad». ¿Por qué? Porque el texto decía que la esperanza no se funda en nuestros intentos, sino en el reconocimiento de Cristo, es decir, en la fe. Él es nuestra esperanza. Ella, en cambio, con toda su buena voluntad, preocupada por el problema que no era capaz de resolver –hasta tal punto le urgía ayudar a esa persona–, había puesto la esperanza en sus intentos, por muy justos que fueran. Sus preocupaciones habían prevalecido sobre la comparación con el texto. De hecho, el texto decía lo contrario. Entonces, si no nos comparamos con el texto, estamos a merced de nuestros intentos o de nuestras preocupaciones, en vez de dejarnos guiar por lo que sucede, por alguien, para no perder el tiempo y no bloquearnos en la madeja de nuestras preocupaciones. Por eso resulta fundamental esta indicación de don Giussani. Y por eso es importante volver con frecuencia sobre el contenido de la propuesta, releerlo, aunque se trate de cosas que ya hemos leído muchas veces en nuestra vida, para ver si estamos verificando lo que dice el texto o si solo estamos siguiendo nuestras preocupaciones. Este es el único modo de hacer un camino, y exige «la tenacidad de un camino» (como decía don Giussani). En caso contrario, es como si uno fuese a clase de matemáticas pero, en lugar de estar atento al contenido de la explicación, estuviese encerrado en sus preocupaciones pensando: ¡No puedo abandonarlas para escuchar!». Pero si no consigues separarte un momento de tus pensamientos para secundar lo que está sucediendo ante ti, no podrás hacer un camino – como sabe cualquiera que sea profesor–. Entonces, la primera sugerencia que nos ofrece Giussani, desde su paternidad, es decirnos que el lugar de la verificación es la experiencia humana (como afirma el primer punto del capítulo). A este respeto, la primera cuestión es comprender qué es la experiencia, porque decididamente no es algo que haya que dar por descontado.

Es verdad. Trabajando en este periodo de forma paralela Por qué la Iglesia y El sentido religioso, me ha resultado evidente la importancia crucial de la experiencia, sustancial e ineludible ámbito de verificación de la razón y de la fe, como intentas desde hace tiempo que comprendamos en la Escuela de comunidad. Al mismo tiempo, he podido observar que, sin embargo, podemos apelar a la propia experiencia para sostener una tesis nuestra, una idea nuestra, e imponérsela a los demás, con un uso –podríamos decir– ideológico de la experiencia misma. Esta sospecha se me ha insinuado al ver la

película española El autor. En ella, un hombre, de vida familiar y laboral fracasada, se apunta a una escuela de escritura y su maestro le invita a observar, a hacer experiencia, a vivir plenamente, porque solo esto le dará la inspiración adecuada para su novela. El protagonista empieza así una observación curiosa, atenta y sistemática de la vida de los vecinos de su bloque, y así toma forma su novela. Lo único es que enseguida, dominado por el ansia de construir su texto, su «mundo» empieza a condicionar los eventos con subterfugios y mentiras, para intentar que la vida de sus vecinos se ajuste a cómo le gustaría que fuese la vida de sus personajes. El resultado es desastroso: llega a instigar a una joven pareja para que cometan un homicidio y termina en la cárcel. Sin llegar a resultados tan evidentemente trágicos, he percibido que esto se produce a menudo a mi alrededor y en mí misma. En algunas conversaciones y entrevistas con personas adultas sobre el trabajo, o en algunas situaciones problemáticas que yo misma he tenido que afrontar, me he dado cuenta de que muchas veces se absolutiza la propia experiencia y se convierte en la única prueba de la verdad de una idea, de un prejuicio que se ya se tiene sobre una determinada cuestión o persona. Entonces la experiencia ya no es el lugar de verificación de la fe y de la razón, sino que es un argumento a favor o en contra de una tesis predeterminada. Mi pregunta es: ¿En qué condiciones la experiencia es fuente de conocimiento, fuente de apertura, ámbito de verificación, y no motivo de cerrazón de la mente y del corazón? ¿Cómo mirar la propia experiencia? ¿Con qué preguntas interrogarla para no llegar a manipularla y para no caer en la misma trampa de la ideología, de la que tanto don Giussani como tú nos queréis salvar con vuestro reclamo continuo?

Todo el capítulo es un desafío para no hacer trampas, dirigido a los dos protagonistas en juego: el hombre y la Iglesia. «La Iglesia, prosiguiendo lo que hacía Jesús en su existencia terrena, se dirige a nuestra humanidad tal como esta es» (p. 284) y «no a las máscaras de humanidad que dominan en las diversas formas de la sociedad» (p. 285), con las que muchas veces vivimos. Por ello, la primera condición que hay que salvar es este encuentro que debe producirse con lo que veo, implicando mi humanidad con la vida de la Iglesia. Porque cuando nos dejamos tocar por la presencia de la Iglesia, como dice la Escuela de comunidad, nos veremos provocados en lo más hondo y original de nuestro corazón. Recientemente he estado en Madrid presentando un libro. Uno de los interlocutores, frente al testimonio del autor, que se había visto arrollado por el encuentro con la vida de la Iglesia, dijo tras leer el libro: «Dada mi edad, creía haber adquirido el derecho a alcanzar una cierta zona de confort. Y de repente aparece este testimonio y me cuestiona de arriba abajo». Si uno se pone frente a la Iglesia con su propia humanidad, no puede –como hemos dicho siempre citando a Juan y Andrés– no sentirse provocado (como esa persona que solo esperaba el declinar definitivo de su vida) en los impulsos más originales de su corazón. Por otro lado, dice don Giussani, para poder verificar lo que el corazón ha captado, es preciso que el hombre no se detenga en la primera reacción, sino que se comprometa con la vida para «cerciorarse» de este desafío. Y es en este punto donde nosotros con frecuencia empezamos a hacer trampas. Con la descripción que has hecho de la película nos haces comprender que, dominado por el ansia (y por tanto no por su humanidad tal como es originalmente), este señor empieza a condicionar los eventos con subterfugios y mentiras. ¡Nosotros

sabemos cuándo estamos haciendo trampas! No es que esto suceda inconscientemente. Nosotros sabemos que, cuando no tenemos una pobreza de espíritu, seleccionamos los datos que nos parecen más consonantes con lo que ya tenemos la cabeza; y por tanto no se da verdaderamente una comparación real de nuestra humanidad con la propuesta de la Iglesia. Es interesante que hayas puesto este ejemplo de la película, porque eso nos enseña que el método que se nos propone sirve para todo, no solo para verificar la verdad de Jesús o de la Iglesia, sino también para mirar la realidad tal cual es. De hecho, si yo dejo fuera todo lo que no me encaja de la realidad, entonces no estoy poniendo en acto las condiciones para conocer, porque selecciono una parte de la realidad. Por eso me ha sorprendido tanto que cuando uno secunda lo que dice don Giussani –«La Iglesia no puede trampear, pero el hombre tampoco» (p. 288)–, en ese caso la experiencia no nos engaña. He puesto con frecuencia el ejemplo que tanto me impresionó de la chica catalana, nacida y crecida en un ambiente de fuerte nacionalismo: al encontrarse con la experiencia cristiana, y habiéndose visto movida en lo más profundo de su yo, pudo desenmascarar la ideología de quien lo esperaba todo de la política. Esto es lo contrario de absolutizar un aspecto, más aún, es justamente lo que nos pone en disposición de desmontar las tesis preconcebidas, nuestras y de los demás. Pero para hacer esto es preciso ser morales, es decir, estar disponibles –como hemos dicho muchas veces citando a Jean Guitton– a «someter la razón a la experiencia». Pero muchas veces nos damos cuenta de que lo que queremos es, sobre todo, someter la realidad a lo que ya hemos decidido de antemano. Por eso el camino de la verificación, dice don Giussani, debe afrontarse «con ánimo abierto y disponible» (p. 289). ¿Lo veis? Si no volvemos una y otra vez sobre el texto para verificar el camino que estamos haciendo, o si las preguntas que van surgiendo no las confrontamos de nuevo con el texto, en un momento dado nos perdemos. Solo si hacemos este camino de verificación, podremos afrontar la pregunta de una persona que me escribe, contando que vive (como, por otro lado, hace todo el mundo ahora) en un contexto muy provocador por la creciente violencia que se afirma en las relaciones. En todos los ámbitos, en la familia, en el trabajo, en el tiempo libre, «la gente pierde cada vez más su propia humanidad, dejando espacio a todos los instintos que parecen tutelar los propios intereses». Y esto, escribe, «no solo me llena de tristeza, sino que me paraliza [le bloquea]. Además, mi posición más moderada y menos violenta [posición que nos animamos a tener] parece perdedora en los hechos de la realidad. No tengo ninguna duda sobre mi experiencia, pero me pregunto: ¿Cómo puedo vivir en esta jungla? ¿Cómo vence Jesús incluso en estas circunstancias en las que parece vencer la injusticia? ¿Qué paso debo dar para no vivir estas circunstancias paralizada, escandalizada?». Frente a una pregunta así, podemos verificar realmente si estamos recorriendo un camino. De hecho, si la propuesta cristiana no nos ayudase a vivir en esta situación, sería un gran problema. Al afrontar esta urgencia que tenía, nuestra amiga se ha acordado de lo que habíamos escuchado en la Jornada de apertura de curso: «Porque es preciso que termine un periodo y dé comienzo otro: [...] el maduro», es decir, que se produzca un «cambio radical de nuestra conciencia» (*¡Vivo quiere decir presente!*, supl. de *Huellas*, n.9/2018, p. 12). Por eso se pregunta: «¿Cómo puedo hacer para que esto suceda en mí? ¿Cómo pueden llegar a ser cada vez más más esta pobreza de espíritu y esa maduración?». Lo primero que hay que decir es que

nosotros podemos afrontar estas situaciones por la novedad que ha introducido el cristianismo, y antes del cristianismo la revelación en el Antiguo Testamento: al principio Abrahán, y después Juan, Andrés y Pablo hicieron la experiencia de captar algo que les había liberado, desbloqueado de la situación en la que vivían. ¿Por qué? Porque –como dice la Escuela de comunidad– nosotros estamos llamados, al igual que ellos, con lo que nos ha sucedido, a entrar en la comparación universal con todo lo que sucede. «El reto de la Iglesia se podría resumir de este modo: ella apuesta por el hombre, con la hipótesis de que el mensaje al que sirve de instrumento, puesto a prueba por la experiencia elemental, revelará la presencia prodigiosa » (p. 267). Abrahán, Juan, Andrés y Pablo, al acoger esa novedad que había entrado en su vida, empezaron a vivir situaciones parecidas a la nuestra llevando dentro una diferencia, es decir, afrontaron todo antes que quedarse bloqueados. Pensemos en alguien como san Pablo, al que nada se le ahorró: sufrimientos de todo tipo, dificultades, agresiones, de todo. Pero justamente él –que había afrontado toda esta situación, mucho más tremenda que la que debemos afrontar cada uno de nosotros– escribe: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado, pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, [...] ni presente, ni futuro, ni potencias, [...] ni profundidad [...] podrá separarnos del amor de Cristo» (Rm 8,35-39). No me parecen las palabras de un hombre bloqueado por el Imperio romano o por las situaciones que haya vivido. Cuando uno acepta y se deja implicar por lo que sucede, por lo que le ha sucedido en la vida, adquiere esta conciencia.

Leyendo Por qué la Iglesia se me ha quedado grabada una pregunta (es algo que no me pasa nunca): ¿Dónde podemos reconocer la correspondencia de la propuesta cristiana a las exigencias de la vida? Me ha venido a la mente un hecho sencillísimo. El mismo día que leía este texto, estaba completamente desbordado por las cosas que tenía que hacer, por plazos que tenía que controlar, por trabajos que tenía que llevar a término. Todo esto había producido una opresión insoportable en el corazón, no tanto por el agobio de los plazos en cuanto tal, sino sobre todo, en realidad, por el rechazo de que toda mi vida se jugase en esas cuatro cosas. Ese día, que había sido especialmente difícil, percibí la necesidad de ir a misa, no tanto como «efecto placebo», para calmarme un poco, sino para que se pudiese abrir una rendija un poco más grande en mí y en mi vida, que no podía reducirse a quedarme encogido en mis cosas. Comentando el Evangelio, dijo el cura en la homilía: «El problema no es lo que hacéis, que con frecuencia es un modo de esconderse, sino el amor, que es aquello por lo que seremos juzgados». Parecía aposta para mí, y no tardé ni un instante en comprender que ahí había algo que correspondía infinitamente más a mi corazón, y que solo Cristo me trae (al menos así lo he visto yo). Quisiera hacerte una pregunta: el cristianismo vivido no como conjunto de cosas verdaderas y justas, sino este amor que había sentido por mí es a menudo una tensión al Misterio, al cumplimiento y a la felicidad, y solo en ciertos puntos, momentos o personas se desvela y llena el corazón. Para el resto del tiempo –cuando no estoy distraído y me doy cuenta, que no es poco–, queda solo el deseo, que no llega a colmarse, ni siquiera haciendo las cosas «justas» de CL o viendo

a ciertos amigos. *¿Cómo se puede experimentar entonces una correspondencia, una plenitud verdadera? Quisiera añadir una cosa brevísima. Hemos tenido una Escuela de comunidad exactamente sobre este punto, y al final se ponía de manifiesto la referencia a una asamblea de este verano, en la que un amigo tuyo sacerdote, contando su camino, decía: «Poco antes de ser ordenado sacerdote me había dado cuenta de que mi vida estaba plagada de hechos en los que se veía el sello de Dios, que me habían llevado hasta ahí. Sin embargo, cuando tenía que decir “Tú”, cuando tenía que ponerme en juego y dar las gracias, se producía como una gran resistencia en mí». Me parece que es lo mismo que me sucede a mí. Entonces había venido a decirte: «Con respecto a esto, yo quiero hacer un camino humano». Esto me interesa muchísimo, porque me interesa hacer un camino humano.*

¿Te acuerdas de algún momento en el que hayas tenido la experiencia de esta correspondencia? Cuando escuchaste al sacerdote, ¿por qué te impresionó lo que dijo? ¿Qué es lo que ha introducido en ti? Si no hubiese sucedido algo, con todas las cosas que escuchas decir a muchos sacerdotes, no te acordarías. ¿Por qué ese sacerdote te impresionó?

Porque indicaba una perspectiva más verdadera sobre mí mismo.

Porque, en lugar de empeñarte en tus quehaceres, dejaste entrar una mirada de amor sobre ti, «aquello por lo que seremos juzgados», como has dicho. Esto te permitió cambiar más que todas las preocupaciones sobre lo que tenías que hacer. No tuviste que borrar nada de tu vida, te bastó simplemente aceptar este amor. Y esto ha empezado a introducir en el presente una diferencia. ¿Alguien te lo ha podido impedir?

No.

¿Alguien te lo ha podido ahorrar?

No.

Este «aceptar» está al alcance de cada uno de nosotros, después de un encuentro como el que te ha sucedido con el sacerdote. Entonces, cuando estés ahogado, vete a misa, si puedes; y si no consigues ir a misa, párate un instante para reconocer esta mirada de amor sobre ti, deja entrar esta mirada sobre ti, e intenta verificar si esto te da lo que estás buscando. A este propósito, siempre me impresiona releer este juicio de don Giussani: «Una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, todo, decía y dice lo opuesto a ella» (*Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19). La fe es una experiencia tan presente que puedo ver su confirmación, captar la correspondencia a mi corazón en mi misma experiencia, pues de no ser así, no sería capaz de resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario. Por tanto, ¿cómo puedo experimentar la verdad de la pretensión de Cristo y de la Iglesia? Solo dejando entrar constantemente a Cristo en mi vida. Nosotros nos hemos encontrado con Él. Estamos aquí solo porque lo hemos acogido después de habernos encontrado con Él. Esto nos proporciona el método de la verificación en cada instante. Por eso me impresiona esa frase sintética: la fe es una experiencia presente, yo tengo la confirmación de la verdad de lo que vivo en la experiencia misma, porque responde a mi exigencia, a mi urgencia en este momento en que me estoy ahogando. Si no fuera así, nadie podría resistir en un

mundo en el que todo dice lo contrario con respecto a la fe cristiana. Pero esta experiencia no sucede de una vez por todas. Lo que tú pudiste experimentar aquel día en misa, lo puedes experimentar una y otra vez, pero siempre dándote cuenta de que lo que experimentas no es la plenitud total, alcanzada de una vez para siempre. «Esa plenitud», dice la Escuela de comunidad —¡hay que volver siempre sobre el texto!—, «es solamente un albor de la totalidad. La totalidad es inconmensurablemente más de cuanto podemos imaginar: es el “ciento por uno”. Pero este ciento por uno es la indicación de que el todo se está acercando, es un signo que pone de manifiesto la totalidad. Sin pasar por esta experiencia el hombre no estará convencido jamás» (pp. 289-290). Todo esto está al alcance de nuestra mano, pero se necesita la tenacidad de un camino al que somos constantemente invitados. ¿Entendéis ahora por qué es importante percibir bien cuál es el objeto de la verificación en esta Escuela de comunidad? No son nuestras preocupaciones, nuestros quehaceres, nuestras imágenes, sino Aquel con quien nos hemos encontrado, Cristo.

El objeto actual de mi verificación es la fidelidad de Cristo a mi vida. Veo que últimamente me levanto por las mañanas, cansado o lleno, para ir a las prácticas, pero —independientemente del humor— me pregunto qué es lo que voy a hacer ahí. Es una empresa importante, y es una suerte poder trabajar ahí, según dice mucha gente. Pero esta pregunta me acompaña también cuando voy a tomar una cerveza con esos amigos en concreto o cuando la casa está desordenada y me pongo a limpiarla. Me pregunto: ¿Para qué vale todo esto? Cristo ha salido a mi encuentro a través de mi historia y ha tenido la pretensión de ser la respuesta a esta pregunta. «Yo soy la respuesta al sentido de todo»: esto lo he visto en mil circunstancias en estos años en el CLU. Mi vida ahora es una continua verificación de esto: verificar si Cristo es la respuesta pertinente ante el hecho de ir al trabajo, de recoger un papel del suelo o del dolor por la muerte de mi abuelo. Vivo cada día con esta petición, que es quizá una esperanza y un reto: «¡Jesús, hazme ver cómo vences hoy!». ¿Y cómo vence? ¡Sucediendo! Y verlo suceder en mí y delante de mí es lo que me da la certeza para decir estas palabras. El acontecimiento es lo que ahora, en el hecho de que sucede y de que yo tomo conciencia de ello, pone un ladrillo más que construye mi certeza. Porque si no fuese así hoy, si Jesús no fuese capaz de hacerme vivir más intensamente mi vida cotidiana, ¡no malgastaría mi tiempo rezando o estando en el movimiento! Y al decir «intensamente» me refiero a una vida que nunca habría imaginado como potencia, profundidad y estupor frente al misterio increíble que estoy descubriendo que es mi vida. Por tanto, no me sorprende solo frente a mi forma nueva de mirar a los compañeros y a su apertura y su cambio gracias al encuentro conmigo, sino también frente al dolor en el que me sumerjo, que no se me ahorra, hasta descubrir que estoy contento y que canto para dar gracias al Señor después de haber llorado ante el cuerpo de mi abuelo. Esta es la verificación que estoy viviendo en estos meses: apostar por el hecho de que dentro de Su compañía la vida es el ciento por uno. Y que eso es posible en cualquier parte porque yo, comprometido con Él porque me ha sucedido, soy potencialmente un acontecimiento que camina. Lo más increíble de todo es que sucede dentro de la cotidianidad más banal. Me interesa vivir las cosas de todos los días como estoy viviendo en este periodo. ¡Justo como vives tú!

Ahora comprendo por qué tienes siempre curiosidad por el último que pasa. ¡Y también por qué Giussani decía que lo único en lo que tenemos que imitarle es en sus ganas de aprender!

Gracias.

Hace poco menos de un año, la comunidad de Comunión y Liberación no me agradaba demasiado, es más...

¡No te preocupes, ya estoy acostumbrado a esto!

...era el primero que, en cuanto se presentaba la oportunidad, la atacaba en todos los frentes. Tenía para todos. Sin embargo, el 28 de junio me propusieron en la universidad estudiar junto a algunas personas a las que no conocía, o más bien que solo conocía de vista, para un examen que no era fácil. Sabía que esos chicos eran en su mayoría de CL, y por eso esperaba ansioso el momento en el que me invitarían a la Escuela de comunidad para poder dejarles las cosas claras enseguida, antes de que empezaran a insistir demasiado, pero no fue así. Nadie me invitó a ningún sitio, ni siquiera a sus gestos; en definitiva, no tuvieron ninguna pretensión sobre mí. Después de un mes de estudio intenso con estas personas, no podía esconder el hecho de que, estando con ellos, no conseguía dejar de sonreír. En octubre empezaron las clases y creció dentro de mí el miedo de no volver a ver a ese grupo de chicos que tanto me había fascinado. Y como si me leyese el pensamiento, me invitaron a una comida con ellos en la que no pude evitar decirle a uno de ellos: «Ostras, qué bonita vuestra forma de estar juntos». Desde aquel momento nació algo de lo que yo dependo y de lo que ya entonces dependía. He empezado a decir que sí a muchos gestos que –lo juro– nunca me habría propuesto hacer, como la Escuela de comunidad, la caritativa, la Jornada de apertura de curso, etc. etc., ni habría imaginado estar hablando contigo ahora, en este momento. Sin embargo, no digo que sí porque ahora ya esté metido hasta el cuello y entonces me vea de algún modo obligado, sino porque cada vez que digo que sí a una propuesta de este calibre –es decir, a Cristo– estoy cada vez más sonriente, estoy cada vez más contento, y habría sido estúpido privarme de ello. Para concluir, he entendido que antes vivía metido dentro de un esquema, estaba sustituyendo al Misterio, y hoy este sitio, con estas personas, me está haciendo vivir feliz. Es verdad que no siempre va bien... Gracias.

Gracias a ti, porque nosotros, que estamos aquí desde hace tiempo, necesitamos escuchar cómo nos comunicas tu sorpresa, porque cuando uno experimenta esta sorpresa puede ser arrancado de su propio esquema. Como decíamos antes, es suficiente con que uno se implique con la sencillez con la que tú te has implicado. No importa el punto de partida, basta con que uno esté disponible para compartir la vida, porque la propuesta que nos hace la Iglesia es la de una vida con la que uno es invitado a implicarse. Nadie ha tratado de convencerte de nada, sencillamente te han invitado a estudiar juntos, a participar de la vida que vivían. Y al verte implicado en esta vida, ha sucedido lo que nos has contado. Quien acepta implicarse como tú se sorprenderá experimentando una novedad impensable incluso en situaciones en las que uno no se lo esperaría, incluso en situaciones que nos desconciertan. El testimonio que acabamos de escuchar muestra hasta qué punto la Iglesia «confía en el juicio de nuestra experiencia

y, más aún, la solicita continuamente para que recorra su camino completamente» (p. 286).

La cuestión del ciento por uno sobre la que estamos trabajando siempre ha sido como un aguijón dentro de mi vida, y que esta cuestión vuelva con esta Escuela de comunidad es muy interesante. ¿Por qué? Porque con frecuencia he confundido el ciento por uno con el equilibrio. Como he cometido muchos errores en mi vida y tengo también muchas heridas dentro de mí, pensaba que ya no podría ser feliz, que podría como mucho alcanzar un equilibrio, manteniendo a raya todas las cuestiones y dificultades que tenía y que tengo. Hasta que he encontrado una mirada sobre mí que ha abrazado todo mi límite, ya sea la de amigos, ya sea la de chicos de la escuela, una sencillez en la que he vuelto a encontrar un camino para mí. ¿Y qué he hecho, entonces? He vuelto una y otra vez a estar con ellos, me he implicado con ellos, me he hecho uno con su vida. Y esto, ¿qué me ha traído? Que ahora experimento una alegría que no imaginaba. Hay todavía heridas, casi las percibo con más fuerza, pero Dios me está haciendo comprender que puedo ser feliz igualmente incluso con todas mis heridas. No es que haya que quitar las heridas, no hay que eliminarlas, el ciento por uno se produce dentro de mis escombros, porque es obra Suya. Es lo que he constatado en Alepo, en donde la vida resurge en medio de los escombros. El ciento por uno sucede por iniciativa Suya y no porque yo sea capaz de ello.

Lo hemos escuchado en la Jornada de apertura de curso: sucede algo absolutamente imprevisible. Después de tantos sufrimientos no creías que todavía pudiese suceder algo, y, en cambio, Dios puede sorprendernos siempre, incluso a través de personas tan jóvenes como los estudiantes, que vuelven a abrir nuevamente toda la vida, hasta el punto de que has podido decir: «Sucede dentro de mis escombros». Pero esto implica aceptar una lucha entre lo que pienso yo y lo que Cristo hace.

Durante el trabajo sobre ¡Vivo quiere decir presente! me sentía aferrada por este texto que percibía como mío, por lo cercano que me resultaba. Invité a tres compañeros míos de curso a la Escuela de comunidad, quería aprender a vivir con ellos lo que vivo con el CLU, porque en clase me parecía todo más difícil, yo estaba mal y tenía prejuicios sobre todos ellos. Al no saber cómo salir de mi vicio de juzgarles, pensé que quizá fuese más sencillo enseñarles todas las cosas bonitas que veo en la Escuela de comunidad y que me cuesta ver en ellos. Dieron crédito a mi invitación, a pesar de que yo me considero la peor cristiana, por todas las veces que vuelvo a caer en mis errores (porque me quiero salvar por mí misma y hacer las cosas tal como las pienso yo). Vinieron porque les había invitado, y antes de empezar me hicieron mil preguntas sobre un trocito del texto de la Jornada de apertura que había leído con ellos. «El anuncio es la presencia de una persona implicada con plenitud en un significado del mundo, en un significado de la vida» (¡Vivo quiere decir presente!, supl. de Huellas, n.9/2018, p. 10). Y comentaban: «¡Tú eres esto todos los días para nosotros y por eso estamos aquí! Una presencia en el aula, todos los días». Me impresiona cómo puede ver algo en mí la gente, algo que yo no consigo ver todavía sobre mí misma. Dios podía elegir a cualquier otro para llegar a ellos, y en cambio me ha elegido a mí. Hace las cosas de

modo absurdo para mí, no imaginable, pero un modo precioso porque me deja siempre la libertad de decidir. Por eso me siento la última de los cristianos, porque siendo libre me equivoco, porque vuelvo a caer en mis errores. Pero yo no quiero vivir por menos de lo que ellos ven en mí, me parecería volver atrás con respecto a lo que se me dice y que todavía no comprendo. En esto no puedo hacer trampas, es un camino y tengo que estar disponible para afrontarlo a corazón abierto, aunque no sepa qué me espera, aunque sepa que caeré más veces, aunque no me sienta a la altura.

Es una novedad tal que uno ya no quiere volver atrás, aunque se dé cuenta de las equivocaciones y los errores que comete. Pero esto ya no lo detiene. Este es el progreso que se realiza, este es el camino que poco a poco se dibuja: una experiencia vivida.

De la Escuela de comunidad me impresiona que la verificación de la presencia de lo divino en la vida de la Iglesia sea algo que tiene que pasar no tanto por una teoría que hay que estudiar o comprender, sino por una experiencia que se vive, por una carnalidad que se experimenta. Me impresiona que el texto hable precisamente de esta carnalidad, que hable de nuestros movimientos con esta carnalidad: «Cualquiera de nosotros no hace sino buscar esa mayor plenitud. Este es el criterio que nos guía incluso en las decisiones mínimas: los hombres se adhieren a esta invitación o aquella [...] porque esperan obtener mayor satisfacción de esa elección, una correspondencia más intensa con su deseo» (p. 286). Como gesto de caritativa acompaño a un chico en la búsqueda de trabajo. Por desgracia, es como si no hubiese habido ningún resultado positivo. Me preguntaba: Pero, ¿para qué sirve usar mi tiempo así, si luego el resultado parece negativo, si mi aportación parece poco útil? Era la pregunta que llevaba dentro este tiempo. A todo esto ha respondido El sentido de la caritativa, que he retomado recientemente: «Descubrimos, precisamente porque les queremos, no somos nosotros quienes les hacemos felices. Es Otro quien puede hacerlo» (El sentido de la caritativa, p. 10). Esto me ha hecho entender una dinámica que, si soy sincero, está cambiando de verdad mi corazón en este periodo. Gracias incluso a este resultado un poco extraño, es evidente que mi relación con este chico es un misterio, es la relación con un misterio. No es una relación definida por un resultado inmediato, sino por algo que se da antes. El seguimiento a este gesto de la caritativa, el definir un momento preciso de la semana al que ser fiel –a pesar de la vida y de los compromisos que siempre hay– es lo que me hace vivir en mayor medida la «pobreza de espíritu» de la que habla Giussani, y gracias a esta me estoy dando cuenta últimamente de cómo Él está revolucionando mi vida ahora, cómo la está cambiando.

Como hemos visto, alguien que se implica verdaderamente con la experiencia de la vida de la Iglesia, cualquiera que sea la situación de partida en la que se encuentra, antes o después no puede evitar verificar lo mucho que esto le hace experimentar la realidad –incluso en medio de los escombros–, según un modo de vivir todo que es cien veces mejor. No nos ahorra los escombros. Y no tendremos que eliminar las heridas, la enfermedad o los desafíos para vivir, porque los podremos afrontar con esa diferencia que hoy hemos visto descrita en vuestras intervenciones. Esto es fundamental para el camino de la certeza, porque si no podemos percibir el ciento por uno en la vida cotidiana, no alcanzaremos esa certeza que vence cualquier tipo de escepticismo (por

nuestros límites y por los de los demás). Todo esto sucede también a través de una comunidad llena de límites como la nuestra, porque ningún límite puede impedirnos hacer esta verificación. Por eso no tenemos que eliminar nada de lo que hay, de nuestra humanidad o de la humanidad de los que llevan el significado de la vida; para experimentar el ciento por uno basta con aceptar una convivencia con esa vida que hay dentro de ellos.

No pasemos página con este capítulo. Este capítulo debe ser parte constante de nuestra vida, porque en este camino no existe un antes que sería el sentido religioso, después vendría la pretensión cristiana, luego la vida de la Iglesia y finalmente estaríamos nosotros, que juzgamos. No, todo se da de forma simultánea, y este capítulo resume sintéticamente toda la propuesta cristiana, indicando el método para que ella no se reduzca a una repetición teórica, sino que sea siempre una experiencia vivida, la única que nos permite reconocer la respuesta a la pregunta: ¿Puedo experimentar a Cristo ahora para alcanzar la certeza que necesito para tomar una decisión sobre una cuestión de este calibre? Que cada uno verifique si el testimonio de los que están haciendo este recorrido representa una posibilidad para responder a esta pregunta.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 19 de diciembre a las 21 horas.

Seguimos con la segunda parte de *Por qué la Iglesia* de don Giussani. Trabajaremos el segundo capítulo «Por el fruto se conoce el árbol», fundamental para captar cómo el fruto está unido a la raíz, de la página 291 a la 302.

Os indicamos que en el sitio de CL, en la sección «Escuela de comunidad», hemos puesto a disposición de todos los ficheros de audio de las partes de *Por qué la Iglesia* sobre las que estamos trabajando. Creemos que es una forma más de facilitar el trabajo sobre el texto.

Jornada nacional de recogida de alimentos y Tiendas AVSI. Quería retomar brevemente lo que dijimos en la última Escuela de comunidad con respecto a los gestos de caridad que os proponemos en este periodo: la Recogida de alimentos y las Tiendas AVSI. Estos gestos son, ante todo, un desafío para nuestra verificación, porque ponen a prueba si ponernos en movimiento para realizarlos nace de una experiencia de gratitud, de una plenitud que nos urge comunicar –siendo libres, por tanto, del resultado–, o bien nace de una carencia que nos lleva a necesitar siempre nuevos «proyectos» para «tener la sensación de que existimos» (como decía don Giussani).

Si el origen es una gratitud infinita que desborda de nuestra persona, entonces lo que hagamos será lo mismo en apariencia, pero el significado –la densidad– que llevará consigo será totalmente distinto. Esta es la diferencia entre un gesto de voluntariado y un gesto de caritativa como el que os estamos proponiendo: si nuestra acción lleva una esperanza para toda la vida –que es lo que todos esperan para vivir–, o si nos conformamos con dar una respuesta a una necesidad material sin comunicar lo único que llevaba Jesús cuando respondía a la necesidad de la gente: que ya no estaban solos como perros y que, por tanto, había una esperanza.

Entonces la gente con la que nos encontremos podrá reconocer que existe una diferencia en nuestro modo de hacer estos gestos, que lo que ve no se agota en sí mismo, sino que remite más allá: es el testimonio de algo absolutamente imprevisible, es decir, del anuncio cristiano. Esta es mi preocupación: que los gestos no estén desconectados del punto del que surge nuestra experiencia, que no perdamos el nexo con el origen, porque la alternativa a esto solo puede ser el escepticismo.

Debemos preocuparnos por ser los primeros en vivir estos gestos. Solo si los vivimos nosotros, podrá llegar a los demás lo que deseamos comunicar. Cómo les llega no es problema nuestro. Nuestro problema es si estamos impregnados de esta conciencia, porque entonces llegará, llegará a los demás casi sin que nos demos cuenta.

Por eso, como preparación a estos gestos, invito a todos a retomar el cuadernillo de don Giussani *El sentido de la caritativa* (disponible en el sitio de CL). Releámoslo para ayudarnos a vivir estos gestos ligados a los contenidos de la Escuela de comunidad en los que estamos profundizando.

El libro del mes para diciembre y enero será: *Los santos*, de C. Martindale (Encuentro), con una presentación de Luigi Giussani. Nos parece que este libro sobre la vida de los santos puede ejemplificar el trabajo de verificación que la Escuela de comunidad nos está proponiendo, especialmente con respecto a una de las características de la Iglesia que es la santidad.

Sitio de CL y HUELLAS. Comienza la campaña de suscripción a *Huellas*, que es la forma más eficaz de sostener la revista y el sitio de CL. En este momento de confusión en tantos frentes, percibimos como algo de gran valor la compañía y la ayuda que nos ofrecemos para mirar lo que el Misterio hace suceder entre nosotros, y que después contamos y publicamos en el sitio de CL.

Por otro lado, tratemos de usar la revista *Huellas*, como habéis podido ver, para profundizar sobre los temas que consideramos centrales en el debate cultural que se está produciendo en la Iglesia y en la sociedad. No se trata de profundizaciones para «expertos», sino para todos. Cada vez me doy más cuenta –gracias a las oportunidades de viajes y a las ocasiones de diálogo que he tenido por las presentaciones de mis libros–, que muchas cuestiones se plantean ahora a nivel «global», digámoslo así. Entiendo también que el uso de estos instrumentos no es algo que haya que dar por descontado, y que solo dentro de un camino podremos, nosotros y nuestra gente, volver a aprender el gusto del conocimiento para ensanchar la razón.

Ayudémonos en este trabajo.

Cartel de Navidad. La imagen de este año es *La adoración de los magos* (1457), de Elia y Giovanni Gagini, Génova.

La primera frase es del papa Francisco: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro

con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”».

La segunda frase es de don Giussani: «Tratad de pensar en aquella joven que estaba en su casa y recibió el anuncio: la Virgen. Algo que, en última instancia, no se podía reducir a los acontecimientos precedentes, de los que su presente estaba hecho. Pensad en lo que sintieron los pastores ante el anuncio del ángel, o los Magos ante el anuncio del que la estrella era signo: una novedad radical, una novedad de orden absoluto, no podía existir y está aquí, no podía existir porque nunca habíamos pensado en ella, no podíamos pensar en ella y está aquí. El cristianismo es el acontecimiento de este anuncio. Anuncio no en cuanto que yo lo siento, sobre todo, sino en cuanto que se me presenta: algo que viene de fuera de nosotros y se propone a lo más hondo de nuestra persona; pero viene de fuera. El cristianismo es una presencia dentro de tu existencia, una presencia que asegura un cambio inimaginable, inimaginable».

Veni Sancte Spiritus

¡Buenas noches a todos!